



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Latinoamérica tercer mundo

Autor: Magallón Anaya, Mario

Forma sugerida de citar: Magallón, M. (1989).
Latinoamérica tercer mundo.
Cuadernos Americanos, 5(17),
19-46.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año III, Núm. 17, (septiembre-octubre de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LATINOAMERICA TERCER MUNDO

Por *Mario MAGALLON ANAYA*
CCYDEL, UNAM

Latinoamérica y la nueva dominación imperialista

LOS PAISES IBEROAMERICANOS, en su difícil y accidentado peregrinar por encontrar los elementos que los identifiquen y los diferencien de los demás pueblos, han tenido que afrontar un sinnúmero de problemas, desde los económicos y políticos hasta los sociales y culturales. Toda su proyectiva ha estado encaminada a la superación de los obstáculos y sus secuelas que obstruyen el proceso de desarrollo en los diversos niveles, especialmente los económicos, siempre buscando ser como las nuevas metrópolis coloniales. Ayer fue el modelo ibérico, hoy, el soviético o el norteamericano. En este abrupto deambular por experiencias extrañas, los pueblos latinoamericanos han tenido que enfrentarse a los tropiezos con incertidumbre, al no tener un horizonte que les permita ubicar con claridad las alternativas teórico-prácticas para la solución de sus problemáticas particulares y comunes. Las luchas revolucionarias en "Nuestra América" no son el resultado de la teoría, sino de la práctica, de necesidades concretas. Concretas fueron las luchas de emancipación colonial y mental de la centuria pasada; concreta es, y ha sido, la lucha contra el imperialismo norteamericano hoy; es decir, esta contienda por la liberación de las naciones americanas no fue, en sentido absoluto, la consecuencia de la teoría, sino de la acción, del intercambio dialéctico por el que la teoría se enriquece y se subordina, en cierto modo, a la práctica, a las circunstancias de acontecimiento que más que mover a la reflexión urgían a la acción. Se actúa y después se reflexiona. La historia de la América Latina es la historia que busca ubicación y reconocimiento en la historia universal. Es la epopeya de un viaje que tiene su fundamento en la esclavitud y explotación de sus hombres y la lucha por alcanzar

su libertad; es la disputa entre los colonizados contra los colonizadores, por ser ellos mismos contra las dependencias coloniales. Así, la historia que se está haciendo aquí y ahora no es sino el esfuerzo de sus hombres, que a través de la trágica experiencia de la dominación han ido tomando conciencia clara de la situación opresiva y marginal en la que los tienen inmersos para dar la batalla a aquello que intenta restarles plenitud y posibilidades¹ como hombres y como pueblos; es la contienda por la autoafirmación de sus diversas organizaciones sociales en una constante búsqueda por crear estrategias teórico-prácticas que hagan factible la supresión del neocolonialismo y todas sus secuelas, porque solamente en la brega y la fe en las propias fuerzas, en el conocimiento de nuestras necesidades verdaderas, desdeñando los combates inútiles y liquidando ajenas y falsas culturas se hace posible afirmar el ser americano. Es esa segunda independencia —que ya Martí apuntaba—² que no ha terminado de realizarse. Esta debe ser la respuesta unánime para liberar las fuerzas potenciales de esta América. Porque "*Cambiar de dueño no es ser libre*". Estas palabras enunciadas por Martí siguen teniendo una vigencia que nunca como hoy implica romper con las atávicas estructuras de implantación extranjera. Porque estos son los tiempos de pensar y prever los peligros y las acechanzas externas, pero sin perifoneos de frases ni dilaciones inútiles, sino aportando los elementos que amarren la constitución y andamiajes salidos de las necesidades que la realidad latinoamericana demande. Esto quiere decir que para enfrentar los problemas internos y externos se requiere asumir una posición crítica para plantear estrategias e ir fincando los medios que hagan conducente una forma de superar con gallardía los aspectos marginantes.

Los problemas aludidos tienen un doble origen: uno interno y otro externo. El primero es producto de una heterogénea y dispersa estructura social, una economía atrasada y dependiente, una tecnología importada y una ciencia mal asimilada y centralizada; no existe congruencia entre planes y programas para abatir los problemas nacionales, tales como la miseria, la explotación, el despilfarro, la corrupción. . . ; se carece de estrategias económico-políticas que hagan posible la participación en los beneficios del trabajo de todos sus hombres; existen los testaferros nacionales, servidores de

¹ Cf. Francisco Mitó Quesada, *Proyecto y realización del filósofo latinoamericano*, México, FCE, 1981, p. 180.

² José Martí, *Política de nuestra América*, México, Siglo XXI, 1979, pp. 152-153.

las transnacionales, que no escatiman esfuerzos en los medios de explotación de las riquezas nacionales para el imperio norteamericano; también se da una clase en ascenso de carácter empresarial simpatizante de la tradición capitalista monopólica, aquella que se caracteriza por la "libre empresa", sector protegido por el derecho y la mayor libertad para velar por sus propios intereses y poner su industriosidad y capital al servicio de su *empresa*. Ese capital —que ya Marx definía como sin patria—, únicamente fiel a sí mismo, es la estructura industrial capitalista de "democracia burguesa" que sólo ha traído a los países de esta América el aumento de la opresión, en la que se entrecruzan los elementos más contradictorios, aquéllos en los que empresario y líder político se constituyen en una sola persona;³ capital y poder opuestos a cualquier reivindicación económica, social, política y cultural de las masas. Es la estructura de poder que no escatimará gastos para sostener el *statu quo* dominante a fin de mantener riqueza y privilegios; la segunda es producida por la expansión del capitalismo monopólico, ese que tuvo su origen en aquella primera empresa "civilizatoria" y "salvífica" iniciada por Iberia y continuada por los piratas británicos, holandeses, franceses. . . ; dicho en otras palabras, el capitalismo, desde su origen, siempre estuvo calculado en cuanto a sus movimientos y leyes sobre la base de la dominación de la Tierra entera; de allí la incorporación de nuevos territorios proveedores de materias primas en cantidad ilimitada. Tal hecho sólo fue posible por la apropiación y sometimiento de los pueblos precapitalistas y coloniales.⁴ Porque "el capital necesita, para aprovechar comarcas en las que la raza blanca no puede trabajar, otras razas; necesita poder disponer ilimitadamente de todos los obreros de la Tierra, para movilizar, con ellos, todas las fuerzas productivas del planeta. . . Pero estos obreros suelen encontrarse casi siempre encadenados a formas de producción precapitalista. Deben ser, pues, previamente 'libertados' para las bases históricas inevitables del ca-

³ La historia biográfica de la mayoría de los políticos-empresarios de los países latinoamericanos constituye en nuestra opinión una buena prueba en apoyo de la validez de este señalamiento. Todos estos grupos, de una forma u otra, participan en las decisiones de Estado y en la administración de la ley y derecho de las masas. La nación queda reducida a una simple empresa privada, botín de las élites detentadoras del poder.

⁴ Cf. Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*, México, Grijalbo, 1967, pp. 274-275. También es recomendable para tal caso revisar André Gunder Frank, *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología. El desarrollo del subdesarrollo*, Barcelona, Anagrama, 1971, p. 104.

oitalismo'' Esta estructura de dominación económico-política será afianzada y expuesta en el acontecer histórico por la continuidad de Europa en América: los Estados Unidos de Norteamérica. Este es el país que a mediados de la centuria pasada a través de la Doctrina Monroe, ponía coto a los imperialismos europeos sobre sus futuras y posibles colonias: los países latinoamericanos.⁶ Es el neocolonialismo implanta-lo a través de la creación de diversas formas de dependencia y sus engañosos métodos de "adhesión" a las causas latinoamericanas lo que marcará el proceso de desarrollo de todas estas naciones.⁷ Naciones que por su estructura económica de dependencia y atraso serán etiquetadas, posteriormente, como "Tercer Mundo". Será la nueva estratificación de las sociedades determinada de acuerdo con su desarrollo material en las del Primer, Segundo y Tercer Mundo y quizá podría llegarse a subdivisiones más grandes. Es la contienda de las naciones ricas y pobres, es el cisma entre altruismo y egoísmo, entre capitalismo y socialismo; es la lucha entre lo individual y lo colectivo, y en medio del fragor estará el Tercer Mundo, que tendrá que dar la batalla a los leviatanes de Oriente y Occidente para hacer manifiesta su presencia, compelido a romper con las dos formas ideológicas, económicas y políticas de carácter universal hasta entonces aceptadas: capitalismo y socialismo.⁸ Es la presencia de las naciones nuevas en busca de una redefinición de la libertad y la igualdad; ésta es la tarea a la que se enfrentan, hoy por hoy, todas las naciones. Lo único que ha quedado claro es que no existen para la superación de todos sus problemas soluciones automáticas, mecánicas: la libertad no es consecuencia de privilegios, ni la igualdad de la abundancia económica, puesto que ambos pueden prevalecer en un ambiente en el cual están dolorosamente ausentes la "libertad" e "igualdad". Esta es la cruda realidad que ha tenido que enfrentar con sobriedad cada

⁵ *Ibid.*, p. 278

⁶ Cf. Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commager y W. E. Leuchtenburg, *Breve historia de los Estados Unidos*, México, FCE, 1980, pp. 590-592.

⁷ La investigación histórica ha demostrado que el *subdesarrollo contemporáneo es el producto histórico de su economía pasada y actual*, además de otras relaciones entre los países subdesarrollados y los actuales países metropolitanos. Es más, el conjunto de los diversos tipos de relaciones que van de las económicas a las culturales han construido la estructura básica del desarrollo capitalista a escala mundial

⁸ Irving Louis Horowitz, "Dilema y decisiones en el desarrollo social", en Erich Fromm *et. al.*, *La sociedad industrial contemporánea*, México, Siglo XXI, 1967, p. 48

país al entrar a la etapa del desarrollo industrial. Empero, a pesar de todo esto, debe quedar claro que una nación no puede ser patrimonio de un determinado clan, sino responsabilidad de todos los que en ella habitan. En otros términos, los derechos y obligaciones, sean económicos, políticos, sociales o culturales, deben ser ejercidos por todos sus hombres.

¿Cuáles son las características comunes de las naciones no capitalistas, posteriormente llamadas del Tercer Mundo? ¿Hacia dónde es posible proyectar la mirada para vencer las dificultades que obstaculizan su desarrollo y superar la dependencia? Las respuestas a estas preguntas son variadas y el modo de abordarlas también. No obstante, los elementos a los que debemos recurrir no serán los que se hacen manifiestos en la actualidad inmediata, sino en el pasado histórico, pues sólo en el pasado como testimonio es posible encontrar los medios que hagan propicio el descubrimiento de los principios que originaron la situación que las naciones subdesarrolladas padecen actualmente. Los países del Tercer Mundo fueron producto de la expansión territorial de la Europa renacentista, en el deseo de ampliar los dominios económicos y comerciales más allá de un sistema de economía insuficiente para abastecer las demandas del desarrollo mercantil de ese momento. Europa resultaba ser demasiado estrecha para la naciente empresa imperial, por lo cual constituía un imperativo buscar otros horizontes donde colocar sus productos y al mismo tiempo obtener las materias primas para una producción industrial en ascenso, resultado del intercambio comercial e indispensable para las nacientes organizaciones empresariales.⁹ Despuntaba el nacimiento de una época que rompía con todas las tradiciones hasta entonces conocidas; el empuje de las ciencias y la tecnología autorizaba a mirar hacia el futuro con seguridad y optimismo. Es el inicio de un empeño en el que cualquier esfuerzo será insuficiente con el fin de alcanzar objetivos de cada vez mayor envergadura. Así, en esta etapa de la historia europea aparece el mundo de la riqueza y el porvenir que hace acto de presencia allende las fronteras del mar tenebroso: el Nuevo Mundo. Parecía ampliarse la profecía anunciada por Isaías —si se prefiere, por Platón—¹⁰: por fin la tierra prometida se mostraba, lo ideal-

⁹ Cf. Rosa Luxemburgo, *op. cit.*, pp. 280-285 ss.

¹⁰ En el *Timeo* y el *Critias* se hace mención de la Atlántida, territorio que se puede ligar de manera confusa con el Continente Americano. El mito del creador de la *República* se interpretó, en aquellos tiempos, de diversas maneras: desde la desaparición de esa isla gigantesca, la Atlántida, por un

zado se hacía manifiesto. Es el descubrimiento de un continente hijo del azar y la equivocación¹¹ y no de cálculos premeditados, especialmente al ser Cristóbal Colón un hombre que desdeñaba la razón, la matemática y los mapamundis, como él lo señala en su "Tercer Viaje".¹² Este descubrimiento fue el fruto del cumplimiento de una promesa hecha por Dios a los profetas.

A pesar de lo que ha venido sosteniendo la "leyenda blanca" respecto de que los peninsulares habían tenido como primer propósito la catequización más que el establecimiento de un imperio en las Indias Occidentales, la veracidad de nuevas investigaciones muestra lo endeble de tal argumentación. América, durante la breve tercera etapa de conquista y, posteriormente, durante la colonización, fue escenario de rapiña, crimen, violación, esclavitud y explotación de los conquistados. Los conquistadores, en servicio de su Rey y Señor, se dedicaron a administrar el producto de una "herencia", de un feudo más, de la Corona española. Desde aquel momento en el que se incrustan en los pueblos conquistados, las garras coloniales, se inicia el accidentado camino de la colonización. América, con sus hombres y materias primas, constituirá un preciado tesoro para un imperio ávido de riqueza y poderío. Es la España Imperial que, ante las críticas, de los grandes humanistas como Vives, De Vitoria, Las Casas, Zumárraga, al supuesto encumbramiento del derecho de conquista y explotación de los hombres y las riquezas naturales de las tierras americanas, elaborará una serie de argumentos justificatorios de carácter ideológico, político, social, cultural y religioso para cancelar cualquier discusión posterior y afianzar su dominio sobre las nuevas tierras. Así, la América de Atahualpa y Cuauhtémoc servirá para que la humanidad de unos hombres crezca y la de otros se deteriore para ser reducida a la minoridad, a la animalidad, a la subhumanidad. Sin embargo, la insuficiente tecnología trasplantada a estas tierras y la falta de una visión previsoras para ampliar el proceso de industrialización y transformación de las materias primas obtenidas en los diversos virreinos españoles

cataclismo; el recuerdo de las historias referidas por los viajeros egipcios sobre tierras fantásticas; o la idealizada visión del Asia dirigida hacia Occidente.

¹¹ Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante y su testamento*, Madrid, Espasa Calpe, 1980. En sus relatos, Colón muestra una absoluta ignorancia sobre la tierra descubierta creyendo haber llegado a las Indias, Cipango y Catay; hace los relatos más extraordinarios al respecto.

¹² Cf. Fernando Benítez, *La ruta de Hernán Cortés*, México, FCE, 1974, p. 13.

y portugueses, la falta de una asimilación de los avances de las ciencias, las técnicas, los sistemas políticos y sociales, provocará con el tiempo que estos reinos caigan en el anquilosamiento. Este esclerosado sistema colonial ibérico se sepultaba a sí mismo en el polvo de su egoísmo e incapacidad visionaria para los nuevos tiempos, cedía el paso a imperios como Inglaterra, Francia, Holanda, que por su forma y estructura eran diferentes de los anquilosados sistemas que ya no respondían a los antiguos dictados económicos, incluyendo los de España y Portugal. Estas nacientes potencias iniciaban el reparto del resto del mundo (quedaban por repartir Africa, Asia y Oceanía, y algunas regiones sin colonizar de América) que comienza a finales del siglo XVI para afianzarse en el XVIII.

En la centuria de la Ilustración se cancelaban las viejas, carcomidas y deterioradas estructuras económicas, políticas y sociales, para ceder el lugar a la libre competencia; se abatían las organizaciones gremiales para constituirse en grandes empresas fabriles; la emigración de los hombres del campo a la ciudad daría origen al proletariado y al "lumpen proletariado". Se iniciaba la contradicción entre el campo y la ciudad; se rompía con las ataduras del servilismo medieval; era el nacimiento de "la moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal";¹³ de los siervos de la Edad Media surgieron los villanos libres de las primeras ciudades, que posteriormente constituyeron la burguesía, dueña del capital y de los medios de producción social y empleadora de trabajo asalariado realizado por el proletariado, vendedor de lo único que tiene por vender, su fuerza de trabajo, lo que da lugar a la emergencia de dos grandes clases sociales: la burguesía y el proletariado.¹⁴ Se asistía al nacimiento de la "gran industria y con ello la aplicación de las fuerzas naturales a la producción industrial, la maquinaria y la más extensa división del trabajo".¹⁵ La libre competencia obligaba a fortalecer los imperios; terminaban las relaciones naturales entre los hombres para convertirse en relaciones de trabajo, protegidas por el capital, superponiéndose la ciudad, comercial e industrial, al campo. Mientras esto sucedía en Europa, hacía su aparición una nueva potencia en América, los Estados Unidos de Norteamérica, representantes de la tendencia más

¹³ Carlos Marx y Federico Engels, *Manifiesto del partido comunista*, Pekín, Ediciones en lenguas extranjeras, 1968, p. 33.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 32-33.

¹⁵ Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, en *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, t. I, p. 61

revolucionaria del momento que habría de originar a su vez movimientos de liberación nacional tanto en el Continente Europeo como en el Americano. Este país se transformó en la estrella del zenit, la guía de la libertad, el progreso y civilización, de las recién emancipadas colonias ibéricas.

Los países latinoamericanos, al despuntar el siglo XIX se liberaban de la tutela colonial, pero no de sus vicios e ideología, consecuencia de tres siglos de opresión y dominación: una organización comercial centralizada y anacrónica¹⁶ y una producción "industrial" gremial, artesanal¹⁷ que obstaculizaban su producción a gran escala, en un proteccionismo propiciado por las metrópolis en su beneficio y que se conjugaba con una heterogénea organización social dividida en castas, lo cual hacía imposible el sentimiento nacional, carentes por otro lado, de una tradición científica y tecnológica que hiciese posible el desarrollo. Por lo tanto quedaba cancelado cualquier intento de competir con las grandes potencias industriales europeas y norteamericanas, quedando reducidas las nuevas naciones latinoamericanas a simples proveedoras de materias primas que intercambiaban por productos manufacturados, acentuándose el proceso de dependencia, cautiverio y endeudamiento. De esta manera, la América Latina rompía con el colonialismo ibérico para autoimplantarse una forma de dependencia neocolonial, y al buscar vestirse con nuevo traje se autoimponía seguir otro "arquetipo", modelo ajeno a su historia y a su problemática: el de los Estados Unidos de Norteamérica. De este modo se lanzaba a una aventura que le dio los más grandes y dolorosos descalabros: desde las guerras intestinas hasta los fallidos intentos de asimilar lo inasimilable, la tradición ideológico-política, social, cultural y económica de la América anglosajona, no porque fueran los latinoamericanos incapaces de comprenderla y hacerla suya, sino porque nuestra historia tiene una raíz diferente. Sus tradiciones económicas, políticas y sociales fueron el producto de la conquista y explotación de sus hombres. Es decir, nacíamos a la historia con la pesada carga de la dependencia y la marginación.

¹⁶ Cf. Enrique Semo, *Historia del capitalismo en México*, México, ERA, 1981, pp. 168-171. (A pesar de que el Dr. Semo en este interesante estudio se dedica específicamente a México, en cuanto a las teorías económicas implantadas por España en sus colonias, sus técnicas de producción y comercialización se pueden hacer extensivas a los demás reinos en América con todas sus escuelas y escollos)

¹⁷ *Ibid.*, pp. 156-164

Así, los miembros de las clases dirigentes nativas de esta América, al tiempo que querían soslayar y negar su historia, se embarcaban en un intento que les era poco comprensible y que difícilmente podrían asimilar. A pesar de que la América Latina del siglo XIX intentaba hacer suyas extrañas experiencias, las de la cultura occidental, cada vez, resultaba más absurda dicha empresa, pues se daba cuenta de su situación marginal y del tipo de relación que sostenía con las naciones que se habían formado al norte del Río Bravo y allende el Atlántico. Se tomó conciencia de las diferencias entre el cristianismo acendrado y el puritanismo racista, entre una economía atrasada y un crecimiento pragmático, y así algunos pensadores vieron la necesidad de partir de la propia realidad histórica; sólo así era viable cualquier proyecto futuro, ya fuera de carácter económico o cultural. No obstante las voces de alarma levantadas a mediados de la centuria pasada, de las advertencias de hombres como Bello, y las posteriormente manifestadas, a finales de la misma época, por Martí y Rodó, en oposición abierta al imperialismo, particularmente al norteamericano, y a pesar de que su peligro ya se avizoraba en los dos últimos decenios del siglo XIX con mayor fuerza, las naciones latinoamericanas carecían de la unidad ideológica y política para hacerle frente, sobre todo cuando se procedía a reevaluar los objetivos particulares y comunes de adentro hacia afuera de cada uno de nuestros países. Dicho en otras palabras, les era preciso incorporar su pasado, afrentoso pero propio, para así reestructurar los planes futuros y al mismo tiempo establecer relaciones económicas, políticas y culturales con las naciones del mundo. Durante esta serie de acontecimientos, la política económica de los Estados Unidos hacia América Latina tomaba una fuerza vigorosa, a tal grado que el 87% de las materias primas que las naciones iberoamericanas exportaban iba a dar a ese país, libres de todo gravamen arancelario. Esto era aparentemente "ventajoso". Empero, pronto se evidenció que se trataba de una trampa bien montada por el naciente imperialismo que los condujo a un callejón sin salida, sometiendo su comercio y economía a un cautiverio asfixiante. Así, la presa había caído en el engaño, y esto la obligaba, por su estado indefenso, a aceptar el tipo de condiciones provechosas para la potencia, tales como una política comercial preferencial y dependiente acorde con sus intereses. Esta situación culminó en la "Conferencia Internacional Americana", en 1889,¹⁸

¹⁸ Cf. Samuel Eliot Morison, *et. al.*, *op. cit.*, pp. 590 y 592

con representantes de dieciocho países; en dicha conferencia se advirtieron de una vez por todas las inclinaciones imperialistas del gobierno estadounidense, y sus propósitos se hicieron evidentes en la propuesta de un supuesto control aduanero entre los americanos y del arbitraje, por parte de aquél, en caso de disputas internacionales, pero los latinoamericanos no tragarón el anzuelo y la rechazaron.¹⁹ Sin embargo, finalmente el poderoso del norte se saldrá con la suya, con la creación de la "Unión Comercial de Estados Americanos", rebautizada en 1910 con el nombre de "Unión Panamericana", que establecía una relación de dependencia siempre beneficiosa para el naciente sistema monopólico; dependencia sin precedentes hasta ese entonces en la historia de los países latinoamericanos, que incluía compromisos tales como la importación de tecnología, investigación científica y economía de transnacionalización del capital. De este modo se fijaban, evidentemente, condiciones favorables para la gran potencia. Al fin la fiera mostraba sus afiladas garras y manifestaba su voluntad de poderío y sus posibles alcances. Despertaba el "Calibán" dormido para mostrar ya sin embosos la guadaña depredadora, por la cual ha de afirmar su poder y dominio en posteriores conquistas neocoloniales, utilizando, en caso necesario la violencia, o métodos de "persuasión" para alcanzar sus objetivos. De ahí las palabras del Capitán A. T. Mahan, el nuevo filósofo de corte imperialista, que depositaba el poder en la fuerza de las armas, pues "no son los mansos" los que "heredarán la tierra".²⁰ Estas prédicas caían en tierra fértil, a tal punto que el reverendo Josiah Strong, en un artículo de gran difusión popular titulado "Nuestro País", hacía expreso el derecho de posesión y dominio de su nación sobre toda la Tierra, como árbitro y modelo de la cultura y civilización, en una pregunta retórica: "¿No parece como si Dios no sólo estuviese preparando en nuestra civilización anglosajona el *troquel* con que modelar los pueblos de la Tierra, sino como si estuviese poniendo tras ese troquel el maravilloso poder con el cual imprimirla?"²¹ Así los Estados Unidos se autodenominaban el pueblo predestinado por la "Providencia" (al

¹⁹ Cf. José Martí, *op. cit.* Correspondencia dirigida al diario *La Nación* titulado por el compilador "Contra el panamericanismo", pp. 145-192. En estos escritos Martí explica la marcha de los convenios establecidos entre los países latinoamericanos. Iniciada el 28 de septiembre de 1889 y concluida el 3 de mayo de 1890.

²⁰ Cf. Samuel Eliot Morison, *et. al.*, *op. cit.*, pp. 593-594.

²¹ *Ibid.*, pp. 593-594.

poder, la fuerza, el robo, el monólogo. . .) para "liberar" a los pueblos oprimidos de aquellos opresores ajenos a los intereses de la nación "elegida".²² Para reafirmar esto veamos la declaración hecha por el mismo reverendo al *Washington Post*, que proponía eliminar el último reducto imperial español en América. Josiah Strong declara: "Nos enfrentamos a un extraño destino. El sabor del imperio está en la boca del pueblo, así como el sabor de la sangre en la selva. Significa una política imperial; la república, renaciente, ocupará un lugar con las naciones armadas".²³

De esta manera el pueblo de los Estados Unidos de Norteamérica se autocalificaba como el predestinado para "salvar" de la opresión a todos aquellos que la padecen; es el nuevo pueblo que se manifiesta como el ejemplo prototípico de cultura y civilización. Así se expresa su "Destino Manifiesto", a través del cual se autojustifica para anexionarse las últimas zonas territoriales del Caribe que permanecían en poder de la Corona española: el fin último de todo era "civilizar" y "cristianizar" a sus pobladores. Primero había sido Cuba y posteriormente iban a ser las Filipinas. Así iniciaba el Caribe una etapa aún más agresiva que aquella que hasta ese momento había constituido parte de la historia de las colonias ibéricas. El término con el que se disimulaba la anexión, "ayuda" para la "liberación" de los lugares caribeños por parte del país del norte, en sus primeros intentos buscará ocultar su descarado interés neocolonialista.²⁴ Esto es factible porque los Estados Unidos "habían desarrollado ya intereses mundiales que hacían parecer ne-

²² Cf. Juan A. Ortega y Medina, "Sus razones históricas y su raíz teológica" en *Destino manifiesto*, México, SEP/SETENTAS, 1972, pp. 98-110, 142-144. En este escrito el investigador sigue el proceso histórico de la estructuración teórico-práctica de la empresa expansionista de los Estados Unidos, nación que se considerará a sí misma la elegida para "salvar" y "cristianizar" al mundo; éste era el destino, su "Destino Manifiesto", usando los más desvergonzados argumentos como son los religiosos, políticos, civilizatorios, económicos, etcétera. Y todo para abonar sus intenciones de dominio de las riquezas humanas y materiales de las naciones latinoamericanas y el mundo.

²³ Samuel Eliot Morison, *et. al.*, *op. cit.*, p. 594.

²⁴ *Ibid.*, pp. 596-598 y 606-611. Este término, "anexión", no era sino una forma encubierta con la que se buscaba la posesión y dominio de las tierras indefensas del Caribe. (Véase la "Enmienda Platt", en la que se establecía el veto definitivo de los Estados Unidos sobre las relaciones diplomáticas y fiscales de Cuba y los demás países. También la actitud del presidente T. Roosevelt que no puede ser más agresiva, al despunrar el presente siglo, contra Cuba, las Filipinas, Colombia, Santo Domingo, México, etcétera.)

cesario controlar todo el Caribe".²⁵ Por la misma razón el senador Cullom pudo exclamar: "es tiempo de que alguien despierte y se dé cuenta de la necesidad de anexionar una posesión".²⁶ Así el presidente MacKinley hacía expresa de manera agresiva su política en favor del "Destino Manifiesto" de su país, al usar argumentos del mismo carácter que los utilizados por los europeos en su llegada al Nuevo Mundo, y así lo expresó una noche en una reunión con sus hermanos metodistas. En oposición abierta a ese imperialismo se hizo oír la voz de Mark Twain, quien declaró que, de seguir así, las rayas blancas deberían ser pintadas de negro y las estrellas deberían sustituirse por cráneos y tibias.²⁷

Surge de este modo una potencia universal de características nunca vistas. No es ya un imperialismo como el romano o el español, de dominio y posesión de grandes territorios; es más bien la ampliación de mercados y exportación del capital a nivel internacional, ya no sólo hacia América Latina, sino hacia África, Asia, y andando el tiempo hacia todo el mundo; es el imperialismo que busca la "penetración pacífica" en Nuestra América a través de la "buena vecindad" protagonizada por Franklin Delano Roosevelt; es la política ideológica de "defensa hemisférica" que, apoyada en la fundación de la "Organización de Estados Americanos" (OEA) en 1948, iniciará —como apunta Pablo González Casanova—²⁸ la "legalización de la dependencia" con retórica hábilmente construida por medio de la "no intervención" y "democracia". Es la supuesta ilusión de desarrollo y democracia que se afianza y enriquece mediante tratados bilaterales y multilaterales. En sí, es el sometimiento y la dependencia corrosiva de nuestros países por medio de la imposición del capital monopólico que se manifestó en la ideología "desarrollista", que alcanzó su culminación en los años cincuenta y se caracterizó por un pretendido mejoramiento del desarrollo social de las naciones de América Latina mediante la franca apertura a la inversión extranjera y la importación de tecnología. En este tipo de inversiones se destacó la llegada de capital privado extranjero y la consolidación de la inversión a través de la intervención de sus corifeos nacionales y transnacionales: gerentes, políticos, empresarios, diplomáticos defensores de las "inversiones norteameri-

²⁵ *Ibid.*, pp. 594-595.

²⁶ *Ibid.*, p. 593 (subrayado mío).

²⁷ *Ibid.*, p. 602 (citado por los autores).

²⁸ Cf. Pablo González Casanova, *Imperialismo y liberación en América Latina*, México, Siglo xx, 1978, pp. 21-23.

canas" y la "libre empresa". De este modo los "préstamos, inversiones privadas, donativos, ayuda técnica, convenios militares, OEA, ORIT, amenaza continental, defensa interamericana, mundo libre anticomunista, "desarrollo" constituyen distintas manifestaciones de una sola política del imperialismo",²⁹ y así se va consolidando la forma de conquista pacífica más moderna. No sólo en lo económico se da la penetración, sino también en lo cultural; los valores de la civilización norteamericana se internacionalizan, y la ideología y moral que los sustentan se inyectan en las conciencias de los latinoamericanos liquidando los viejos valores de las élites y masas nacionales, alterando sus modos de expresión "natural", del *querer, hacer y pensar*. Para esto se han valido de las organizaciones nacionales y monopólicas de la radio, el cine, revistas y, posteriormente, la televisión. Esta es una nueva forma de colonialismo económico, político y cultural sin precedentes en la historia, en la cual la política se convierte en *show*,³⁰ y las historias de los movimientos antiimperialistas de liberación son presentadas como noticias de actitudes de grupos "delincuentes". Es la arrogancia de la potencia que se afirma, no como la liberadora de los oprimidos, sino como la expoliadora de los pueblos, poco respetuosa de los derechos internacionales.³¹ Así, por ejemplo, en la Resolución 560 del Congreso de los Estados Unidos emitida en 1965, se proclamaba como su "derecho" la intervención y el empleo de las fuerzas armadas para proteger sus intereses, en cualquier país de nuestro continente. Finalmente el capitalismo monopólico y las burguesías latinoamericanas se verán obligadas, ante la ineficacia de su falsa retórica de democracia, ayuda técnica, desarrollo, etcétera, a prepararse para el único camino que les queda: la represión. Las amenazas de Kennedy se cumplían parcialmente en Cuba, las de Johnson en Santo Domingo y las de Thomas Mann se concretaban en Brasil, Argentina, El Salvador, República Dominicana;³² se

²⁹ *Ibid.*, p. 27.

³⁰ Es un hecho indiscutible que en la mayoría de las naciones dependientes de la América Latina sus representantes políticos en el poder no son más que las marionetas manipuladas y manipulables por el imperialismo norteamericano. Sus discursos demagógicos sólo sirven para evidenciar su ridícula comicidad: no es sino una forma exhibicionista y falta de valor para adherirse a la lucha por la liberación de sus pueblos.

³¹ Para ello véanse sus desvergonzadas intervenciones en Angola, Chile, Uruguay, El Salvador, etcétera.

³² Pablo González Casanova, *op. cit.*, pp. 41-42 (también véase para tal objeto la obra de Orlando Fals Borda, *Las revoluciones inconclusas en Amé-*

instauraba un nuevo sistema de servilismo y opresión a través de la implantación de dictaduras militares, servidoras y vigilantes de los intereses del capitalismo monopólico.³³ Con Nixon y su secretario Kissinger se evidencia la actitud insolente ante la derrota imperialista en Viet-Nam, mediante la apelación a una permanente bravata para intentar recuperar la imagen perdida en América Latina y el mundo, y el interés por compensar el desprestigio por medio del terror y la amenaza persistente. De este modo, se establece una relación de contubernio entre el imperialismo y los enemigos de sus pueblos, los "gorilas", fieles servidores del mejor postor, defensores de la "justicia" e "igualdad" impuestas y determinadas por los hombres de negocios. De esta manera las características comunes de las naciones tercermundistas serán la explotación de sus hombres y sus riquezas naturales por las naciones imperiales y la incapacidad para abatir los problemas de marginación, miseria, explotación, servicios de salud, vivienda, educación, democracia, justicia social: todos estos problemas se constituyen en los elementos comunes que tienen que enfrentar los tercermundistas. No obstante la actitud agresiva del imperialismo monopólico, los caminos para solucionar esa escabrosa y difícilísima problemática no están absolutamente cerrados, con la condición de que todos los miembros de estas sociedades sean integrados a la unidad de principios y objetivos comunes para enfrentar al imperialismo y a los falsos servidores de los pueblos.

Es fundamental la unificación de intereses y metas comunes para integrar a las masas a la producción y desarrollo, y la estructura de una base ideológica que revitalice los valores nacionales, morales y culturales. Urge romper con las tendencias de la ideología del desarrollo importado, es decir, no buscar ser o igualar el "modelo" de carácter neocolonial monopólico, sino realizar una labor de intercambio y unidad comercial, cultural, técnica y económica con todos los pueblos que padecen la fuerza represiva de ciertos grupos de las burguesías nacionales³⁴ apuntaladas por el imperialismo. Nee-

rica Latina (1809-1968), México, Siglo XXI, 1978, particularmente el apartado: "Revoluciones inconclusas en América Latina".

³³ René Zavaleta Mercado y Pablo González Casanova, "La razón de la soberanía" en Armando Hart, Mariano Rodríguez *et. al.*, *Nuestra América. (En lucha por su verdadera independencia)*, México, Nuestro tiempo, 1981, pp. 82-83.

³⁴ Son esos grupos que, olvidando el sentido nacional, al sentirse dueños del poder económico-político, no se preocupan por la defensa de la sobe-

saría y urgente es la unidad para dar respuesta a la ofensiva de los capitales monopolistas, esos que han mantenido a la mayoría de los pueblos en la pobreza y conservan el alto nivel de vida de sus países a costa de la miseria y explotación de los nuestros; no queda otra alternativa que la lucha contra el imperialismo, pero siempre en estrecha unidad dialéctica entre el individuo y la masa, entre el dirigente político y la sociedad; ésta es la interrelación de una dialéctica abierta que ha de romper con las cadenas atávicas de la dependencia. Es la lucha contra el pasado y la proyección del futuro desde un presente injusto, pues éste es el *fenómeno* padecido *históricamente* desde el colonialismo español hasta hoy.³⁵ Definir un nuevo horizonte es difícil, pero no imposible; hay que buscar las respuestas y soluciones a partir de nosotros mismos, o sea, a partir de una historia propia con la conciencia de que somos pueblos e individuos colonizados de naciones subdesarrolladas. Ya no es posible seguir sosteniendo falsas esperanzas en líderes que absolutizan las luchas a partir de sí mismos, sin el reconocimiento de los demás hombres; es necesario construir el puente que integre al campesino y al trabajador asalariado y el respeto a sus valores culturales, luchar contra quienes buscan servir a sus intereses sectoriales pero nunca servir a su sociedad. "En la actualidad se vislumbra la imposibilidad de continuar indefinidamente con este tipo de liderazgos";³⁶ por lo menos en apariencia, ya existe un mayor compromiso con los ideales latinoamericanos con los de cada una de sus naciones.

Latinoamérica: Tercer Mundo

UN estudio detallado de lo que expresa y significa el término Tercer Mundo es imprescindible para el conocimiento de los problemas concretos que aquejan a los países que se consideran integrantes de éste. El análisis de su sentido hace posible establecer puntos de vista en los ámbitos económico, político, social, cultural e ideológico, para así encontrar respuestas que hagan posible una mejor

ranía nacional. Por lo tanto, es inútil pretender afianzar el sentimiento y la ideología nacional desde esta perspectiva, porque es caer en el marasmo de la indefinición. La única alternativa viable es asumir teórica y prácticamente la responsabilidad que corresponde a los latinoamericanos en una sola fuerza para luchar contra todo aquello que los oprime.

³⁵ Armando Hart, Mariano Rodríguez *et. al.*, *op. cit.*, p. 81

³⁶ *Cf.* Orlando Fals Borda, *op. cit.*, p. 81.

comprensión e intentar construir alternativas políticas y económicas que propicien la superación del neocolonialismo. El término "Tercer Mundo" tiene su carta de naturalización en el imperialismo y en algunos falsos marxistas: no ha sido sino la intrigosa pantalla para buscar introducir las nuevas formas de dominación. Este es un hecho de expresiones encontradas en el que se da la contradicción entre explotadores y explotados, pero todo bajo la unidad que con sus sofisticados sistemas ideológico-políticos oculta lo carcomido de sus entrañas. Por esta razón, por ser un producto colonial, el Tercer Mundo toma la mayor parte de las categorías teóricas para la guía de su política de desarrollo, a partir de una experiencia histórica extraña, al autoimplantarse como modelos a las naciones capitalistas avanzadas de Europa y de Norteamérica.³⁷

De tal manera, pues, "América Latina" y "Tercer Mundo" son el resultado de la dinámica del desarrollo capitalista: es la introducción del capitalismo a un medio social no-capitalista, donde la tendencia expansiva de las naciones imperiales de tipo mercantil e industrial buscará la forma de someter y anexionar regiones de explotación de materias primas, agrarias y mineras, cualesquiera sean los pueblos que las habiten. Es el esfuerzo de quienes controlan la gran industria por ampliar los canales por los que aflorará la riqueza excedente, para desprenderse de los artículos y el capital que no se pueden vender en sus países.³⁸ De la persistente contienda por suprimir los rivales, de mayor o menor envergadura, surgirá lo que se llama "imperio"³⁹ cuya propia estructura de dominación y explotación humana y material le da una dinámica expansiva. Por lo tanto, Tercer Mundo y América Latina no son sino zonas de influencia y marginalización de un sistema que monopoliza todo aquello que está a su alcance, desde la estructura económico-política hasta la ideológica.

Así, Latinoamérica, como parte del llamado Tercer Mundo, no ha sido sino la región que se ha venido motejando con variados nombres desde la llegada de los españoles. "Indias" fue nombre de carácter colonial basado en el sueño de Colón. "Nuevo Mundo" fue el modo como la llamó el fraile Gerónimo de Mendieta,

³⁷ Cf. André Gunder Frank, *América Latina: subdesarrollo o revolución*, México, ERA, 1980, p. 21

³⁸ Cf. Rosa Luxemburgo, *op. cit.*, pp 327-330.

³⁹ Cf. Paul Baran y Paul Sweezy, *El capital monopolista (Ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos)*, México, Siglo XXI, 1980, p.

por su forma novedosa, en sus estudios de historia. "América" implica ya una nueva connotación en honor de uno de los primeros cartógrafos de este continente, Américo Vespucio, y fue denominación comúnmente empleada en el siglo XVIII. Con el intento expansivo de otras naciones europeas rivales de España, se impone el término América Latina, que tiene su origen en Francia y apela como recurso ideológico a la unidad latina, supuesta unidad por la que buscará el suministro de materias primas baratas y la apertura de un mercado donde colocar sus productos. Como parte de este proyecto era imperativo para el gobierno francés encontrar los elementos que sustentaran ideológicamente su neocolonialismo, y de allí que recurra a las consignas del "panlatinismo" contra el sajonismo y el eslavismo, al origen de una misma tradición cristiana y cultural, en fin, a una serie de argumentos que a simple vista parecían bien intencionados. Es a partir de ese momento cuando nuestra América recibirá una nueva nominación: América Latina o Latinoamérica.⁴⁰

Francia, a mediados de la década de 1850, iniciaba el despuntar de un gran desarrollo industrial y económico, hasta llegar a ser la segunda potencia más poderosa después de Inglaterra. Hacia los años sesenta de la pasada centuria, bajo el gobierno de Napoleón III, Francia busca crear un programa que pueda servir como racionalización para expandir su economía tanto en América como en el Extremo Oriente, y lanza su política exterior panlatina, en abierta oposición a los germanos o anglosajones y a los eslavos de la Europa Oriental; estos tres bloques pertenecían a Francia, Inglaterra y Rusia respectivamente. Esta diferencia racial y cultural se hacía extensiva a América, y permitía establecer una abierta oposición entre los representantes de la Península Ibérica, de tipo "latino", y los anglosajones; justificada de este modo Francia se lanzará en varios intentos aventureros a la conquista de nuestro continente: México, América del Sur⁴¹ (Guayana Francesa, y un gran número de islas), todo con el único fin de cumplir su misión "civilizatoria", para regenerar a los caídos y deteriorados gobiernos americanos y proteger las fronteras del Río Bravo de la contaminación norteamericana, para "salvar a América para la latinidad".⁴² Es la aspi-

⁴⁰ Cf. John L. Phelan, "El origen de la idea en América", en *Latinoamérica* (México) 31 (1979), p. 5.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 8-10.

⁴² *Ibid.*, p. 8

ración francesa por incorporar a su poder y dominio a la población hispánica del Nuevo Mundo.

En 1956 otros franceses, Alfred Sauvy y Georges Balandier, hablarán a su vez del "Tercer Mundo", inspirados —como apunta Zea— en el *Tiers Etat*, uno de los estados que se reunieron en Francia en 1789 al iniciarse la Revolución Francesa, y dieron origen al Estado burgués. *Le Tiers Monde* "es el extraño mundo que no es el capitalismo en crisis ni el comunismo en ascenso, formado por colonias y excolonias del llamado mundo occidental".⁴³ Es el nuevo invento, después de la Segunda Guerra Mundial, de los imperios en crisis y el desplazamiento de los mismos por el neoimperialismo de los Estados Unidos ya previsto por Napoleón III en el siglo pasado. Es el reacomodo de la gran potencia para ocupar los "vacíos de poder" en Africa, Asia y América Latina.

"Latinoamérica" y "Tercer Mundo" son los dos términos que hemos de usar como propios tomados de los colonizadores, en abierta oposición al sajonismo expansivo de los Estados Unidos. Son las expresiones que, a pesar de haber sido asimiladas entre nosotros, no constituyen exclusivamente la significación colonia. El término Tercer Mundo es alienante pero no unidimensionalizador, pues ello cancelaría la posibilidad teórico-práctica de su superación. "Tercer Mundo" y "América Latina" no son sino nombres, palabras creadas por los dominadores para establecer la situación de dependencia, pues dar nombres es "señal de dominio", mientras que recibirlos es "señal de dominación". Si la palabra es expresión que se impone, que determina y diferencia, entonces la palabra como signo de dominación también puede usarse como signo de liberación, pues sólo a través de esta "convención de signos" se hace expreso el modo de descubrir y superar el ser dependientes, colonizados. . . La palabra es la convivencia entre los pueblos, la comprensión de lo diverso y lo múltiple, es la relación de identidad y diferencia entre los hombres no con sentido exclusivo o colonizador, sino con un sentido de comunidad entre todos los hombres y naciones.

"Tercer Mundo" como "señal de dominio" implica transgredir una realidad, la realidad de la explotación y alienación de los pueblos dominados por el neoimperialismo; "Tercer Mundo" no hace sino designar el ejercicio de marginación que suprime las posibilidades de ascenso de los subdesarrollados. La palabra como liberación es superación de la unilateralidad para crear alternativas

⁴³ Leopoldo Zea, *Latinoamérica Tercer Mundo*, México, Extemporáneos, 1977, pp. 14-15.

que sean diferentes de los modelos imperiales. Esto es lo propio del hombre, lo concreto y lo diverso que lo especifica, lo que lo hace análogo, pero no igual a otro. Nuestra América avanza hacia la conquista definitiva de su liberación, pues al denunciar la dominación imperialista se está defendiendo para el mundo la bandera que ha de poner límite a los imperialismos. Debemos enfrentarnos al dogma sacralizado imperialista que "protege" la democracia, porque el imperialismo es antidemocrático. "No es modelo de democracia una sociedad como la de Estados Unidos donde existen minorías nacionales discriminadas en forma brutal. . . donde en medio de una gran riqueza material y tecnológica se mantienen aún formas de discriminación racial y, por consiguiente, social. . ."44 Rechazamos el liderazgo de la nación que se autodenomina salvadora. Para que el camino de la liberación de América Latina se amplíe, se señalen metas y determinen objetivos, se debe dar la lucha teórica y política contra el neocolonialismo. Debemos buscar suprimir con imaginación creadora la dependencia, sin dudar que todo camino para la liberación está sembrado de escollos, pero nuestra tarea es superarlos, porque el imperialismo y sus formas de liberación colonial y neocolonial busca la forma de agotar sus recursos para tratar de impedirlo. Debemos luchar contra la teoría de la dependencia económica generadora de toda una variada gama de ataduras deformantes que transforman a los pueblos en reproductores de formas contrarias y distorsionantes. Es el "nuevo intento integracionista. . . que se trata de realizar en nuestros días acaso con mayores posibilidades de éxito. *La unidad impuesta por el neoimperialismo*, el único ganador en la ocupación del 'vacío de poder', bien puede ser cambiada por la unidad en una lucha que resulte ser común. Tal es lo que se plantea y propone al aceptarse ese extraño calificativo de Tercer Mundo".45 Sólo por la unidad es posible la descolonización que hará libres a nuestros pueblos; no será fácil cambiar la dependencia pero tampoco imposible. Así, pues, hay una enorme tarea por realizar, la de luchar contra los problemas que están directamente relacionados con el hombre y su bienestar; ésta debe ser la batalla para superar la pobreza y explotación. Por esta razón, Ernesto Guevara tiene buen sentido cuando apunta

. . . todos los países y los pueblos conscientes de sus deberes, y de los peligros que entraña la situación, de los sacrificios que entraña el desarrollo,

44 Armando Hart, Mariano Rodríguez *et. al.*, *op. cit.*, p. 24.

45 Leopoldo Zea, *op. cit.*, p. 30.

debemos tomar medidas concretas para que nuestra amistad se ligue en dos planos, el económico y el político, que nunca pueden marchar separados, y formar un bloque compacto que a su vez ayude a nuevos países a liberarse no sólo del poder político sino también del poder económico imperialista ⁴⁶

Por lo tanto, el Tercer Mundo existe pero no como algo aislado, sino como producto de la expansión mundial capitalista; existe un solo mundo, en el que se da la contradicción fundamental entre explotadores y explotados, desarrollados y subdesarrollados. "Tercer Mundo es la secuela de las metrópolis sobre las periferias", es, como apunta Gunder Frank,⁴⁷ la falsa dualidad que nunca ha existido, porque el subdesarrollo no es consecuencia de la supervivencia de instituciones arcaicas o de falta de capital en las regiones que se han mantenido aisladas del torrente de la historia del mundo. Por el contrario, el subdesarrollo ha sido, y es aún, generado por el mismo proceso histórico que genera también el desarrollo económico: el desarrollo del capitalismo conforme el cual "las metrópolis tienden a desarrollarse [y] los satélites a subdesarrollarse".⁴⁸ No es ya válida la tesis embozada de Tercer Mundo o subdesarrollo como producto de atraso, porque ". . . las instituciones y relaciones económicas, políticas, sociales y culturales que observamos actualmente. . . son producto del desarrollo histórico del sistema capitalista tanto como lo son los aspectos más modernos o rasgos capitalistas de las metrópolis nacionales de estos países subdesarrollados. . .";⁴⁹ es decir, no ha sido sino resultado de las metrópolis colonialistas. Es la incorporación de estas regiones dentro del sistema capitalista, de un todo integrado, pero contradictorio, que desde hace mucho tiempo ha abarcado a la totalidad mundial. De tal manera pues, como apunta Darcy Ribeiro,⁵⁰ las relaciones simbióticas entre estructuras céntricas y periféricas se basan en la explotación de los sistemas del intercambio comercial con áreas atrasadas; son los trueques de producción que compelen y obligan a las sociedades menos tecnificadas a caer en la dependencia colo-

Ernesto "Che" Guevara, *El socialismo y el hombre nuevo*, México, Siglo XXI, 1979, p. 237.

⁴⁷ Cf. André Gunder Frank, *op. cit.*, p. 209

⁴⁸ *Ibid.*, p. 26. Véase también Leopoldo Zea, *América en la encrucijada de su historia*, México, CCYDEL-UNAM, 1981, pp. 178-179

⁴⁹ André Gunder Frank, *op. cit.*, p. 104

⁵⁰ Cf. Darcy Ribeiro, *El proceso civilizatorio. (De la Revolución agrícola a la termonuclear)*, México, Extemporáneos, 1976, pp. 124-125.

nial y neocolonial, a sufrir la clase de transformaciones reflejas y la configuración de la forma en que mejor sirven a sus expoliadores.

Así, descubrimos que lo común al Tercer Mundo son sus negaciones; es decir, su expresión "no por lo que es, sino por lo que no es". Es definición de carencias, ayuno de lo que siempre está faltó, de una meta inalcanzable: el *desarrollo*. Su elemento común es haber entrado a la historia como producto de conquista y de explotación. Esto fue lo común a los pueblos latinoamericanos, afroasiáticos. . . el hecho de haber sido objeto del pillaje y la rapiña por los conquistadores de la civilización europea, resultado de la expansión originada por las demandas imperiales de los sistemas comerciales, posteriormente industriales y ahora termonucleares. Tercer Mundo es la toma de conciencia de la situación de dependencia, de ser instrumento, nunca sujeto, cuyas posibilidades serán marcadas por el neoimperialismo. Tercer Mundo es la carencia de participación de las mayorías explotadas en los beneficios de la cultura y la civilización; mayorías manipuladas por una minoría que controla los instrumentos de producción, mermando sus posibilidades de participación en las ventajas de superación de los problemas sanitarios, de alimentación, de empleo, de participación democrática, en pocas palabras, de justicia social. Estas son las carencias que agudizan la problemática de los pueblos del Tercer Mundo, marginados de las ventajas que producen la cultura, la educación, los avances tecnológicos y los avances de la ciencia; es la función de pueblos nacidos de la opresión en busca de su libertad, es la necesidad de los que tienen que luchar para suprimir todos los obstáculos como la enajenación, la explotación, los cuales sólo pueden ser abolidos en la lucha por la liberación; es la enajenación consciente e inconsciente a la que hay que rasgar para descubrir las entrañas de los elementos dominadores y marginalizantes. Por tal razón, las fronteras entre desarrollo y subdesarrollo, entre potencias económicas dominantes y poblaciones dominadas, entre colonizadores y colonizados no existen sólo "entre las naciones" sino también "en el interior" de cada nación del mundo capitalista. El problema de la unidad del movimiento revolucionario antiimperialista se debe mostrar en un crítica al desarrollo monopólico, en solidaridad a prueba de toda contaminación de desclasamiento;" sólo así es po-

³¹ Entiendo por desclasamiento la falta de ubicación e identificación con una clase social determinada, desclasarse es perder identidad objetiva y racional con el grupo social al que se pertenece.

sible "percibir que el colonialismo, no es sólo una práctica externa del capitalismo moderno, sino que es también una práctica interna que actúa dentro del país imperialista mismo y que se prolonga sin solución de continuidad más allá de sus fronteras".³²

Latinoamérica y su actitud antiimperialista

LA historia de la América Latina ha sido la persistente lucha por su liberación. En la antigüedad contra el imperio ibérico, ahora contra el neoimperialismo norteamericano. Sin embargo, dentro, en las entrañas de cada país de la América Latina, existen células cancerígenas que drenan los tejidos de sus naciones. Este enemigo inmediato de la liberación nacional, son los sectores de una pujante burguesía local y rural que es fiel servidora del capital monopólico, sustentadora de una ideología que suprime y obstaculiza cualquier intento nacionalista. Es el nacionalismo que, según Brzezinski,³³ carece de sentido, es obstaculizador del progreso y promueve la civilización "tecnocrónica", esa civilización que muestra el rostro de un imperialismo más erosionante, es el nuevo imperialismo que busca establecer una supuesta armonía cordial entre los partidos políticos de las naciones tercermundistas y los conceptos de los intelectuales servidores del capital transnacional.³⁴ Por eso la sociedad universal del futuro ha "superado" a la industrial, es la sociedad tecnocrónica que con su carga ideológica busca superar las ideologías³⁵ que obstaculizan sus nuevos proyectos. Es esa supuesta "neutralidad ideológica" que se obstina en "sustraer el conocimiento histórico y social a toda valoración"; ello, como señala el doctor Sánchez Vázquez, "no se apoya en sólidas razones sino en justificaciones ideológicas".³⁶ De esta manera la función práctica de la ideología es la guía de acción de los hombres en una sociedad dada.³⁷ En este caso concreto, la ideología propia del imperialismo

³² André Gorz, "El colonialismo por dentro y por fuera" en Erich Fromm, *op. cit.*, p. 170.

³³ Cf. Zbigniew Brzezinski, *La era tecnocrónica*, Buenos Aires, Paidós, 1979, p. 102.

³⁴ *Ibid.*, p. 63.

³⁵ *Ibid.*, pp. 107-108.

³⁶ Cf. Adolfo Sánchez Vázquez, "La ideología de la 'neutralidad ideológica' en las Ciencias Sociales", en *Historia y Sociedad* (México), 7 (1975), p. 9.

³⁷ *Art. cit.*, pp. 13-14.

intenta suprimir toda crítica a los valores por ella encumbrados, buscando simplificar su significado en teorías unívocas, lo cual no hace sino revelar la carga de sus contenidos ideológicos. Por tal motivo, la proposición y afirmación de Brzezinski —sobre la superación de las ideologías— no es sino una nueva forma de la ideología imperialista por la que se busca "neutralizar" todo intento de afirmación de una ideología nacionalista y libertaria. De lo que se trata es de enterrar "en definitiva toda ideología revolucionaria y con ello el papel que le corresponde como guía de la acción de las fuerzas revolucionarias en la transformación de la sociedad en una época en que el capitalismo padece su peor crisis".⁵⁸ Las ideologías se manifiestan de múltiples formas, pero el origen de ellas se encuentra en el modo de organización de las estructuras económico-políticas de una sociedad.

El imperialismo bajo la tradición civilizatoria⁵⁹ busca suprimir todo aquello que obstruya sus proyectos de nuevas conquistas de materias primas comunes. Es la imposición de un sistema cada vez más sofisticado que intenta establecer una sola dimensión global, cósmica, aquella que ya Marcuse⁶⁰ advertía como peligro; es el monopólico sistema tecnológico con nuevos medios de control accesibles a todas las sociedades para unidimensionalizar el pensamiento, para suprimir la voluntad y el deseo de ser libres. Es la forma que intenta uniformar las conciencias a través de los monopolios informativos, es el bloqueo de toda posible democracia entre los pueblos y sus relaciones internacionales, es la perpetuación de un sistema que globaliza su ideología pero no sus niveles de vida; en otras palabras, es el trepidante conflicto entre la posibilidad de liberación y la llegada final de condiciones humanas para todos con la aniquilación de todo sistema opresivo.

Sin embargo —como ya apuntábamos—, es urgente abocarnos a desenmascarar a las burguesías que sirven en nuestros países a los imperialismos; es decir, luchar contra el colonialismo interior de los centros provinciales que tienen sus propios medios de explotación. En contra de la tesis de Bottomore,⁶¹ que sustenta que en la actualidad es muy difícil que se dé la lucha de clases, en la Améri-

⁵⁸ Art. cit., p. 24.

⁵⁹ Art. cit., pp. 64-65.

⁶⁰ Cf. Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, México, Joaquín Mortiz, 1973.

⁶¹ Cf. T.E. Bottomore, *Las clases en la sociedad moderna*, Buenos Aires, La Pléyade, 1973.

ca Latina se afirma, la lucha de clases como el elemento generador de la liberación, en oposición al enemigo inmediato de clase de los niveles locales y nacionales. La estrategia es la lucha de adentro hacia afuera, lucha de clases que, por su estructura social y política, es muy diferente de la de los países desarrollados.

Por todo ello, nuestra filosofía de la liberación no es el alma de la revolución teórica —“puramente” teórica— sino práctica. Este tipo de filosofía latinoamericana ya no puede ser eco de las viejas tradiciones filosóficas, porque ellas no se ajustan a las necesidades del tipo de reflexión que aquí se necesita; nuestra filosofía de la liberación es la inversión de la filosofía tradicional, que va de la práctica a la teoría, nunca al revés, y ello porque la filosofía que aquí se desarrolla es la filosofía de las circunstancias históricas, que buscan desenmascarar las falsas ideologías nacionales negadoras del principio universal y humano del hombre material y concreto, del ser explotado y suprimido por ese sistema de unidad “categorial”, de formas cerradas y antidualécticas que no lo hacen partícipe de lo universal y sí lo constriñen; es la organización capitalista que impone sus parámetros de valores humanos, culturales e ideológicos, cancelando la participación de los oprimidos en el bienestar social a que tiene derecho cualquier ser humano por el hecho de ser hombre; no es sino el encumbramiento de una ideología que suprime y mediatiza todo aquello que obstaculice y atente contra los intereses de las clases dominantes. Por todo ello es posible afirmar que el motor de la historia de nuestras naciones es la lucha de clases teórica y prácticamente. Teórica para la búsqueda de estrategias y alternativas para someter a los enemigos del pueblo, y a los testaferros nacionales, advertir y descubrir el peligro del imperialismo y el modo de enfrentarlo; práctica, por el ejercicio directo de la lucha “democrático-política” que haga viable la desenajenación de los explotados y su participación en los beneficios de los recursos nacionales. Es la unidad contra algunas burguesías urbanas y rurales en Brasil, México, Argentina, Venezuela. . . esas que no escatiman esfuerzos para capitalizar las riquezas, la cultura y civilización al lado del imperialismo norteamericano, para su único y exclusivo provecho. La base ideológica de nuestra filosofía de la liberación es la unidad para la libertad de todos los pueblos oprimidos de la Tierra, y deberá partir de un proceso que requiere ir de adentro hacia afuera; es la relación dialéctica de los antagonismos sociales, constituida por una bifurcada y dialectal vertiente: las descastadas burguesías nacionales y el imperialismo en oposi-

ción a las clases explotadas y marginadas. Es la disputa teórico-práctica y práctico-teórica, en la que sólo por la relación dialéctica se descubre lo aberrante y contradictorio del sistema capitalista. De esta manera, no se trata de una doctrina inventada, sino del fruto del examen de las condiciones reales existentes, donde no debe soslayarse que no basta con mejorar las condiciones materiales, sino que es urgente realizar una actividad teórica y práctica al lado de los hombres explotados; es decir, es una toma de conciencia de la explotación y una lucha de clases para poner fin a ésta. Esto no es trazar cuadros quiméricos de la sociedad futura, porque se basa en el conocimiento histórico-político de nuestras sociedades. Es la contienda en proceso dialéctico según la cual la teoría, el saber, la verdad, no existen como algo anterior o extraño a la praxis, sino como algo que surge y se prueba en la práctica. Por esta razón, ". . . la creación de un nuevo orden humano es una tarea infinita que sólo puede avanzar a través de contradicciones que por su agudeza pueden exigir nuevas revoluciones, aunque durante un largo período histórico sean, en realidad, revoluciones en la revolución. No hay una revolución como un acto total y definitivo y por ello, no hay fin en la historia".⁶² De ahí que los movimientos de liberación en la América Latina deban ser una lucha integrada con todos sus países en contra de la enajenación y explotación de sus hombres. Esta no será sino una forma de potenciar los factores objetivos —económicos y sociales— y subjetivos —toma de conciencia—, lo que hará propicio el surgimiento de nuevas alternativas contra los elementos marginantes, ya que sólo así se puede descubrir que el imperialismo es el más grande enemigo de las sociedades de hoy en día. Empero, ¿en qué consiste dicha enemistad? ¿Cómo combatir a este enemigo y a sus modos de expresión?

La estructura compleja del imperialismo hace difusa y poco comprensible la manera como se podría enfrentarlo; sin embargo, ello no quiere decir que no existan maneras de abordarlo. El sistema neoimperial tiene tantas ramificaciones que es necesario cortar de raíz sus fundamentos. Es la estructura de forma "metastásica" que sólo se puede abordar desde sus propias expresiones manifiestas: el saqueo de las naciones, la explotación, la implantación de la estructura del subdesarrollo y la incrustación de una ideología marginante. La gresca es una y el modo de abordar los problemas es

⁶² Adolf. Sánchez Vázquez, *Del socialismo científico al socialismo utópico*, MÉXICO, ERA, 1975, p. 66

otro, pero nuestro punto de partida es la unidad de la lucha política de las clases nacionalistas en cada uno de nuestros países, para de allí exportar las experiencias de unificación en contra del imperialismo. Sabemos que la tarea es sumamente difícil, sobre todo cuando existe más dispersión que aglutinamiento de objetivos: por ello, la batalla debe ser primero en el campo político, en contienda abierta contra las burguesías dominantes, y posteriormente contra el capital monopólico imperial. Es decir —como ya apunta Gramsci— sólo por la lucha política es posible enfrentar los problemas nacionales y superar los escollos impuestos por el imperialismo, como lo muestra el caso de los gobiernos “nacionales” que tienen un carácter colonial en la actualidad, pues su maquinaria estatal está funcionando la mayoría de las veces en contra de los sectores nacionales, constituyéndose en socios menores y a veces en los ejecutores del imperialismo. Así, por ejemplo, se han instalado gobiernos militares en Latinoamérica, para manejar los asuntos del Estado para ventaja de los intereses exclusivos y particulares de ciertas burguesías nacionales y del imperialismo, allí donde los gobiernos civiles no pueden hacerlo adecuadamente, imponiéndose un sistema de dependencia respecto de las metrópolis imperiales a través de alianzas económicas, sólo ventajosas para estas últimas. Por tal motivo, la vía del capitalismo, sea nacional o estatal, está cerrada a los países latinoamericanos. De esta forma, la misión para suprimir el subdesarrollo económico sólo corresponde a los pueblos mismos; no es una potencia metropolitana la que ha de decidir el destino de los tercermundistas.

Los países latinoamericanos han tenido experiencias dolorosas que mueven a la unidad; lo que debe quedar claro es que las revoluciones nunca han sido exportadas, pues ello sería negar la historia y las condiciones concretas de cada país. La revolución es el resultado de las condiciones concretas y específicas de cada pueblo. Para decirlo con Althusser,⁶³ la acumulación de contradicciones sociales concretas es lo que determina el cambio social. Pero yendo

⁶³ Cf. Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1975, pp. 176-181. (No utilizo la terminología althusseriana porque este filósofo usa un lenguaje “esotérico”, muchas veces incomprensible para aquel que no está familiarizado con él. Por ejemplo, Althusser llamaría “sobredeterminación” a la reflexión sobre las condiciones existentes dentro de la contradicción misma, que está constituida por una estructura articulada donde una contradicción dominante es la que determina el cambio. (Cf. pp. 170-171). Es, en otras palabras, la estructura compleja teórico-práctica la que sobrede-

más allá del marco puramente teórico, de la reflexión teórica, queremos y buscamos trascender la estructura teorizante para integrar la relación dialéctica de una unidad compleja, como es la sociedad. Por esta razón las banderas de las relaciones interamericanas son los conceptos y sus significantes de la independencia política, económica, de soberanía: la no injerencia en los asuntos internos de otros Estados y la cooperación mutua deben ser los elementos constituyentes prácticos antiimperialistas. La experiencia cubana nos muestra que la lucha contra el dominio monopólico es de importancia vital para impedir el saqueo de las riquezas nacionales, la sangría de las economías de los países dependientes y la "americanización" de la ideología de los países latinoamericanos. Los países de nuestro continente sólo pueden unirse sobre una base antiimperialista y a través del avance del proceso de restablecimiento de nuestras relaciones interamericanas, hoy tan deterioradas. De esta manera, "el movimiento liberador y antiimperialista en las naciones del continente se caracteriza por el planteamiento de nuevas grandes tareas, por un despliegue cada vez más agudo de la lucha entre las fuerzas del progreso y de la reacción. En la etapa actual, cuando en la mayoría de los países de América Latina el capitalismo ya alcanzó relativo desarrollo, conservando a la vez resabios precapitalistas y la dependencia respecto del capital extranjero, las tareas de la lucha antiimperialista revolucionaria se entrelazan más y más con las de la lucha clasista, social".⁶³ El ahondamiento de la crisis estructural del capitalismo dependiente de los países latinoamericanos está originando cambios en la distribución de las fuerzas sociales y ello se advierte en la agudización de la lucha de clases, manifiesta tanto en la lucha económico-política como en algunos brotes de enfrentamiento armado.

Estas naciones buscan la forma que haga posible no ser ya más instrumentos del imperialismo. Por lo tanto, la necesidad política nos plantea también una tarea ideológica que debe ser cumplida,

termina el cambio social. La tesis althusseriana se queda en la mera teoría, cancela la práctica social concreta, en sentido material. Nuestro punto de vista es, en su sentido general, que las circunstancias de un momento histórico y la serie de antagonismos sociales, económicos, políticos y culturales son los que determinan las características de un cambio en la sociedad; dicho hecho puede ser violento o lento, siempre de acuerdo con la sobredeterminación acumulativa de la contradicción dominante.)

⁶³ N. Mostovets, L. Klochkovski, Z. Romanova *et. al.*, *E.E.U.U. y América Latina*, Moscú, Ed. Progreso, 1980, p. 254.

y ambos constituyen elementos fundamentales para asegurar la firmeza de las luchas revolucionarias. Esta visión está muy lejos de las tendencias ortodoxas —que implicarían constituir una estructura petrificada y condicionada a una sola vía—; los caminos son diversos y las formas de abordarlos también, de acuerdo con la problemática de cada país, aunque exista un objetivo que a su vez los ponga en relación: *la superación y el combate del imperialismo*, buscando formas que hagan propicios los medios para crear un orden social más justo e igualitario.